El libro, en perspectiva, recoge una visión que configura a la América Latina como un paradigma de novedades, viendo con celo, a veces, las viejas propuestas y abriéndose a las nuevas ideas en los panoramas económicos y políticos del mundo.

MARÍA TERESA NOVO

LUIS BRITTO GARCÍA. *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1995.

“El avasallamiento cultural y control demográfico” ensayados por los nuevos conquistadores contra los pueblos tercermundistas, no ha podido eclipsar las culturas de estos pueblos, que aparecen cada vez más inconfundibles por su diversidad estética y social.

La lectura de los escritos de Luis Britto García exige atención y minucioso rigor, por cuanto cada una de sus páginas constituye una condensada exposición de proposiciones de obligada reflexión y análisis. Uno de sus últimos trabajos, *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*, aparecido originalmente en 1991, fue reeditado en segunda versión por Nueva Sociedad en 1994, con la inclusión de un *Post-Scriptum*, cuyo planteamiento se enfoca a partir de los sucesos que enmarcan el fin de la Guerra Fría, justamente cuando se sufre el advenimiento de otra forma de guerra fría, la que surge cuando aparece la “rebatifiña por los mercados” que lideralizan los Estados Unidos, Europa y Japón.

Con el agudo estilo crítico que lo caracteriza y desde la óptica del análisis marxista, toca temas controversiales y vigentes como los conceptos de cultura, subcultura y contracultura, para abordar, al final del libro, el estudio de la postmodernidad, como vehículo de expresión de los grupos emergentes en los finales de esta centuria. El panorama se esboza, desde un comienzo, exponiendo, a manera de contraproposición, las supuestas conquistas sociales de la década del sesenta, de acuerdo con la observación aguda desarrollada por destacados pensadores y filósofos de este siglo que, como Marcuse, McLuhan, Toffler, Leary, Janis Joplin y otros, poseían, lo que Luis Britto denomina, no sin cierto tono irónico, “una clara visión de lo que sucedería durante las décadas inmediatas” (11). Su ensayo se basa en el desmontaje de tales postulados, atribuidos a cada uno de los mencionados autores.

El capítulo introductorio sirve de referencia para sensibilizar al lector en torno al proceso social de las décadas posteriores a los años sesenta. En su análisis sociológico y posterior conclusión sobre cada uno de los temas expuestos —contracultura, culturas marginales, postmodernidad, alienación mercantilista y otros— Britto García plantea el mundo de la postmodernidad como la falsa estancia, paradisiaca, de la homogeneidad universal propuesta por las potencias imperiales. De allí que el autor afirme: “Surgen así los fascismos y las guerras salvadoras, cada una de las cuales, por el contrario, marca la declinación de un imperio. La cultura de elite cae en un verdadero estancamiento. Se pretende detener la historia. A ello se lo llama ‘postmodernidad’” (13).

Sus planteamientos económicos, acuciosos, con aportes estadísticos, le permiten precisar la incidencia del consumo y de los consumidores en una determinada sociedad, así como el poder de penetración que el mercado tiene sobre estos grupos, sensibles y proclives al consumo indiscriminado. Centra parte de estas consideraciones en la ubicación de estos sujetos pasivos de acuerdo con ciertas características personales: edad, sexo, condición

social, etc., para observar cómo se refleja la actitud consumista a partir de los mecanismos de persuasión impuestos por la maquinaria publicitaria.

Al estudiar la mercancía cultural, partiendo de esta sucesión de circunstancias, determinantes y condicionantes, realiza su análisis económico tomando en cuenta momentos históricos claves, tales como la postguerra y la consecuente proliferación de urgentes necesidades expansivas de los grandes mercados. Estos crean, en virtud de sus intereses, falsas expectativas con sus correspondientes falsas necesidades de consumo, porque ... toda operación productiva es una campaña cultural. En los compradores deben ser promovidas necesidades y actitudes, valores y prioridades” (27).

Habla, en otra parte de su estudio, acerca de la proliferación de símbolos en reemplazo de ciertos valores sociales, procurados también por la penetración ideológica que se manifiesta a través de la tergiversación de los valores originales para los que estos productos fueron diseñados. “El *pop* apropió los símbolos de identidad específicos de las marginalidades, los universalizó hasta que perdieron su significado y concluyó invirtiéndolos. Apoderándose del *jeans* del trabajador manual, de la música del negro, de los deseos de los sectores reprimidos sexualmente, de la irracionalidad del alienado y de la droga del desclasado, los promovió con las técnicas gráficas de la publicidad y del comic, los difundió con los métodos del mercado industrial y los asimiló como glorificaciones de la masificación del consumo” (58).

Parte de sus consideraciones se refiere a la situación de la mujer en la sociedad contemporánea, cuya incorporación al mercado de trabajo y consecuente productividad, ha sido vista con preocupación por el autor, en tanto que constituye lo que él considera una desvinculación peligrosa del hogar y la preservación del entorno familiar, tradicionalmente en manos de las mujeres, y hoy en día pretendidamente compartido con los hombres, habituales proveedores de los bienes para el consumo. Algunas de estas posiciones aparecen un tanto desconectadas del enfoque crítico que ha predominado en su libro, sobre todo al señalar que “La entrada de la mujer al mercado del trabajo asalariado dificulta o imposibilita su anterior especialización en los quehaceres domésticos de la familia nuclear: oficios del hogar y crianza de los niños. Gran parte de la problemática de la liberación femenina gira alrededor de la persistencia de la necesidad de estas tareas” (127). Y expresa también en otra parte de su libro: “El sistema contribuye a mantener a la mujer dentro del rol tradicional al no ofrecer alternativas sociales para la realización de los quehaceres domésticos y la crianza de los niños: no provee ni guarderías, ni comidas baratas y aceptables, ni formas de realización simplificada y colectiva de las tareas del hogar; carencias estas que tienden, o bien a encerrar a la mujer en su rol tradicional de suplirlas, o a atribuirle la doble carga del trabajo y los oficios domésticos (...) o bien a exigir del cónyuge una cooperación que se resiste a dar por ser contradictoria con su rol invariado de proveedor de la familia” (126).

Si bien es cierto el riesgo que corre el núcleo familiar dentro de una sociedad clasista, con la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, el problema debe ser visto bajo una óptica social diferente y con una respuesta comunitaria —desde las fábricas, escuelas y oficinas— en torno a la dotación de guarderías y comedores que permitan a la mujer trabajar y crecer en sus especialidades manuales e intelectuales para compartirlas solidariamente con su familia.

Los países socialistas lograron, en gran medida, dar respuestas oportunas a este problema sobre la pérdida espiritual de la familia, por cuanto el sistema estaba fundamentado

en la ayuda mutua, en la emulación creativa y no —como en la sociedad capitalista estructuralmente competitiva— en la utilización de la mujer como recurso económico productivo. Britto García, ante las opciones sustitutivas, para él cuestionables, y en su preocupación por estas alternativas sociales, concluye que “tal solución está próxima en los países socialistas y remota en los capitalistas” (...) “cualquiera que se adopte, significaría la desaparición del último asidero de estabilidad económica de la estructura familiar” (127).

El autor habla de la contracultura como expresión de una minoría callada, y de la que se apropia la cultura oficial, y analiza la manera cómo esta última sistematiza y transforma los modelos culturales de las subculturas. Al apropiarse de ellas, el sistema les devuelve sus productos, pero ahora masificados, convertidos en mercancía.

“Nuevamente, la protesta contracultural echó agua al molino de los industriales ...” (143), el símil acusa el efecto que produce la contracultura, cuando revierte, en detrimento de sus intereses, su propia protesta.

También analiza el fenómeno *pop* (que no debe ser confundido con *pop art*, dice) como una respuesta populista a los fenómenos de frustración social. El populismo cultural es expresión de las subculturas de consumo propias de la sociedad capitalista. En consecuencia, lo *pop* se convierte en un elemento masificador, de donde se desprende que la actividad cultural no se concibe como una específica manifestación del hombre, sino como un concepto homogeneizante, para “... convertir la tierra en una ‘aldea global’” (68).

En su estudio sobre la postmodernidad y el modernismo, aborda ideas que giran alrededor de conceptos fragmentadores, anárquicos, desviadores de conciencias, tales como el desbordamiento del *pop*, la cultura de las drogas, el mercantilismo y las justificaciones pseudoideológicas de conductas sexuales marginadas; y parafraseando a Marx reafirma que “la droga llega a convertirse en la religión de la contracultura” (88).

Sus análisis sobre las diferentes categorías sociales que se inscriben en el rubro de las contraculturas marginadas o de la intimidad, entre otras, los movimientos homosexuales y de liberación femenina, los grupos étnicos y sus luchas de identidad, las protestas estudiantiles (grupos y organizaciones rebeldes enfrentados al sistema), están basados en el estudio de las minorías silenciadas, que constituyen un eje social contingente, generador de la contracultura como condicionadora o negadora de su existencia.

Britto García ve el movimiento contracultural como la posibilidad crítica que encuentran ciertos sectores marginales de contar con un espacio para la expresión de sus manifestaciones. Pero observa también, a lo largo de sus escritos, el virage que la contracultura sufre, cuando sus postulados, originalmente concebidos como voz de los sectores marginados, se integran al proceso mercantilista que impone el sistema, convirtiendo la mercancía contracultural en bienes de consumo masivo, homogeneizantes.

“Hemos visto cómo ante la necesidad de expresión y de identidad de sectores excluidos, la colectividad industrial de la modernidad respondió recogiendo y adoptando las simbologías de sus contraculturas, hasta generalizarlas y hacerlas perder su capacidad de servir como señales de identidad. Tal corrupción de los símbolos de la contracultura la llevó a la ineficacia” (159). La postmodernidad, según Britto García, en su permanente estado de contradicción, constituye una negación de sus propias apariencias, ya que, “Cuando el artista postmoderno recupera signos pertenecientes a diversas culturas y épocas y los ensambla asistemáticamente en una misma obra de arte, ocurre una destrucción de sentido de los sistemas de símbolos reciclados” (195). Y evoca, citando a Hal Foster, las

ideas de Theodor Adorno, quien señaló que la modernidad “no niega las formas artísticas anteriores, niega la tradición per se”, y de manera concluyente afirma que “lo opuesto es el caso de esta postmodernidad”. Aunque aparentemente se enriquece a través de la revalorización de formas históricamente reivindicadas, se debate entre adoptarlas o cuestionarlas produciendo lo que Foster llamó “pastiche” que priva al estilo artístico de sentido histórico.

Luego de estas consideraciones estéticas y sociales, concluye el autor en el punto neurálgico de su libro: el aspecto ideológico: la postmodernidad como reflejo artístico del esquema ‘neoliberal’. Y lo expresa en uno de los últimos puntos desarrollados “La postmodernidad como política del apoliticismo”, donde afirma categóricamente y basándose en cita epigráfica de Francisco Umbral, que “La postmodernidad es neutra, o de derecha. O mejor aun: se pretende neutral, porque es de derechas” (196).

Con la enérgica ironía que lo define, concluye con algunas frases contundentes “¿Qué rescatar de este Crepúsculo de los Dioses?” (...) “¿Pretende ser la nueva razón, la nueva historia, el nuevo decálogo, el nuevo sujeto, la nueva vanguardia, la nueva política, la nueva ... ¿ideología?” Es, la postmodernidad, como un Dios ... “*Omnipotente*, porque avasalla las restantes determinaciones —cultura, tradición, valores— y las pone a su servicio, con el pretexto de servirlos” (202). (...) “Si la estética ha abandonado los paradigmas de la vanguardia y de la crítica para volver a la ‘fruición’, a ‘lo narrativo, al ornamento y a la figura’, es porque el mercado del arte ha terminado por producir un arte del mercado” (203). Y regresa a las páginas iniciales del libro, cuyas afirmaciones se refieren al valor mercantilista del arte, es decir, “su transformación, de valor de uso, en valor de cambio”.

POST SCRIPTUM: “LA UTOPIA CONTRAATACA”

En su análisis de la postmodernidad de consumo Luis Britto García, en el último punto de su libro, aborda temas filosóficos sobre el nihilismo, la muerte de la razón, el fin de las ideologías y de las vanguardias artísticas, supuestos pragmáticos mercantilistas, de un mundo “idílico”, homogéneo, determinado por el consumo, por la ley de la oferta y la demanda. Los medios de comunicación de masas y la industria cultural, de ser propiciadores de una economía consumista, ahora imponen una política, una estética y una moda postmoderna. De allí que los valores simbólicos de las vanguardias revolucionarias, creadoras de contraculturas, sean adoptados por las elites académicas y financieras para banalizar y revertir su significado político y estético convirtiéndolo en consumo masivo.

La pérdida de valores éticos y estéticos en el mundo postmodernista de consumo, ha eclipsado el valor de uso para sacralizar el valor de cambio como único valor. El precio real de la postmodernidad en manos de las grandes potencias capitalistas, ha sido, entre otros aspectos, la paulatina destrucción de la cultura alfabética, la supresión de la historia por ignorancia crónica, y el establecimiento de la ley de la jungla, donde sólo los ganadores tienen la palabra.

De la postmodernidad, como etapa superior de la modernidad, según Britto García, se han apropiado las grandes transnacionales de la comunicación para glorificar el nuevo orden mundial, es decir, el sistema hegemónico de una clase dominante universal. El libre mercado es la “nueva y única razón universal” que pretende la desaparición del “sujeto, la historia, la ética”, que poseen valores irreductibles en su cotización mercantil. Si el Mercado

se convierte en el único lector y potencializador de la historia, con él han de desaparecer el Estado y la política, anteriores árbitros de las economías, reduciéndolos a simples sirvientes de los monopolios.

El autor apuesta por la opción latinoamericana como una alianza estratégica defensiva para la creación de un nuevo orden geopolítico contra la dependencia económica, y realiza un análisis de los recursos naturales y humanos del subcontinente americano, plataforma económica que potencializa la diversidad cultural, como alternativa válida ante la cultura hegemónica. “La cultura no sólo nos ha preservado de la conquista política, sino que en oportunidades ha sobrevivido a ella” (232).

Concluye su trabajo afirmando que la postmodernidad académica conduce a la nulidad del hombre, a su irracionalidad, cuando éste pierde su protagonismo histórico, su visión filosófica, y su actitud ética y estética ante “las megapotencias financieras y políticas” que absorben subrepticamente “todas estas funciones en nombre de la acumulación de capital”. Por ello apuesta a la creación de un nuevo humanismo, “que vuelva a centrar el universo cultural en el hombre, y en un nuevo utopismo” para crear alternativas de cambio social.

“Todo lo que hoy es real, alguna vez fue utopía, así como necesariamente es hoy utopía lo que alguna vez será realidad”.

MARIA TERESA NOVO

SILVIA SPITTA. *Between Two Waters: Narratives of Transculturation in Latin America*. Houston: Rice University Press, 1995.

Con *Between Two Waters* encontramos otro texto que contribuye a ampliar el campo de las reflexiones críticas sobre y desde el concepto de transculturación. Como la misma autora explica en el capítulo introductorio, su acercamiento a esta categoría de análisis es simultáneamente una reducción y una extensión del término y de sus usos dentro de la teoría cultural. El libro nos advierte que se “limitará” a revisar textos (literarios, etnográficos, pictóricos) como puntos de partida para rastrear distintas posibilidades históricas de los procesos de transculturación. Por otro lado el trabajo logra sostenerse extendiendo una atenta consideración de estos fenómenos no sólo en este último siglo (punto de referencia principal del famoso estudio de Ángel Rama que el título de este libro evoca) sino a través del medio milenio que empieza con la Conquista.

Lejos de ser una secuencia de lecturas desligadas, el libro de Spitta ofrece con sólida coherencia varias ocasiones para una propuesta teórica sobre la afirmación de nuevas formas de identidad que se reconozcan en una relectura y ensanchamiento del canon artístico latinoamericano. El hecho de que el libro se cierre con una re-elaboración del significado de transculturación a través de las propuestas contemporáneas de “*borderland identity*” y de las teorías feministas subraya la actualidad, y en cierta medida la urgencia, del estudio que estamos reseñando.

Admiramos particularmente que *Between Two Waters* demuestra una voluntad de explicación y divulgación del material presentado. Tal “apertura” hacia la recepción